

Jorge Luis Borges y Bioy Casares, en un libro que si se hubiera publicado en vida de ellos, los habría desprovisto de la amistad de muchos, conspiran, lógicamente a sus espaldas, contra Ernesto Sábato. Pero, por eso mismo, le otorgan entidad.

Como fuere, porque el destino ya sabe cómo obrar, el algo melancólico pero cabal polímata que fue nuestro autor, supo decir alguna vez en *Sobre héroes y tumbas*, su obra mayor:

«Nada y todo, casi dijo en alta voz, con aquella costumbre que tenía de hablar inesperadamente en voz alta mientras se reacomodaba sobre el murallón. Miraba hacia el cielo tormentoso y oía el rítmico golpeteo del río lateral que no corre en ninguna dirección (como los otros ríos del mundo), el río que se extiende casi inmóvil sobre cien kilómetros de ancho, como un apacible lago, y en los días de tempestuosa sudestada como un embravecido mar. Pero en ese momento, en aquel caluroso día de verano, en aquel húmedo y pesado atardecer, con la transparente bruma de Buenos Aires velando la silueta de los rascacielos contra los grandes nubarrones tormentosos del oeste, apenas rizado por una brisa distraída, su piel se estremecía apenas como por el recuerdo apagado de sus grandes tempestades; esas grandes tempestades que seguramente sueñan los mares cuando dormitan, tempestades apenas fantasmales e incorpóreas, sueños de tempestades, que sólo alcanzan a estremecer la superficie de sus aguas como se estremecen y gruñen casi imperceptiblemente los grandes mastines dormidos que sueñan con cacerías o peleas. Nada y todo.»

Ernesto Sábato también pintó cuadros; hay libros para observarlo.

**Adolfo Bioy Casares** nació en 1914 en Buenos Aires. Desde pequeño se dedicó a la literatura, de hecho siendo adolescente ya tenía varias publicaciones en su haber. Por eso, su madre realizó gestiones para que el joven Adolfito entrara en el círculo creado por la plenipotenciaria Victoria Ocampo; en su villa, en San Isidro, conoció en 1932 a dos personas que nos ayudan a comprender casi toda su vida, y toda su labor

artística de valía: Silvina Ocampo, quien sería su pareja por más de medio siglo; Jorge Luis Borges, quien sería su gran amigo, maestro y colaborador por un tiempo equiparable.

Adolfo Bioy Casares ha tenido una serie de inmerecidas críticas negativas; siendo breves, y sin ánimo de amplificarlas, diremos que se ha dicho que pudo dedicarse a escribir porque su acomodada familia se lo permitía «es probable, pero, ¿cuánta gente rica y ociosa puede escribir *La invención de Morel*? Si alguien lo hiciera, habría que agradecer a esos padres condescendientes». Después, por ser tan cercano a Borges, se ha dicho que, aunque quisiera parecersele, su obra es menor. O, y lo cual viene en esa senda, que sus libros fueron exitosos más por sus contactos —*verbigracia*, Borges, las Ocampo— que por su probidad literaria.

Si sopesamos que Borges, más allá de su formalidad y una pícara falsa modestia, tenía a admirar más a los muertos que a los vivos; y que, valiéndose de un gusto exacto y una especial memoria selectiva, gustaba de ningunejar a sus contemporáneos —porque, claro, ninguno era Shakespeare—, vio en el joven Adolfo Bioy Casares un par el mismo día que lo conoció, creemos que no hacen falta ulteriores argumentaciones.

Pero si lo hiciera, a la mentada novela *La invención de Morel*, escrita a los 26 años, Borges la encontró perfecta. En ella hallamos uno de los atributos que mejor atiza la literatura: el enigma. Vemos que un fugitivo se sume en la extrañeza al conocer justamente la «invención» de un científico que obliga a las personas a repetir sus actos en un bucle eterno. Faustine, una imagen de la que se enamora el prófugo parece prefigurar los engaños que seguramente acarreará el uso de la IA. Más de una vez se dijo que la serie *Lost* tomó sus ideas centrales de ella.

En *El sueño de los héroes* (1954) también encontramos aspectos fantásticos; aunque el marco y la estética sean mucho más predecibles. En el carnaval de 1927 el joven Emilio

Gauna experimenta unos días de extrema intensidad, y la figura de una sugerente mujer se convertirá en una intriga destinada a crecer en él. Luego, tras haber formado pareja —y abandonado su vida licenciosa—, decide volver al ruedo. Allí todo vuelve a comenzar, pero para terminar. (Y todo, aunque un influyente brujo le advirtiese de no volver a la fiesta y las malas compañías).

*Dormir al sol*, de 1973, lleva al barrio de Villa Urquiza a la ciencia ficción: lo que empieza como la narración de hechos sin importancia de gente común, como el relojero Lucho Bordenave, trasciende hasta cambios de identidad y de «edad»: un perro en algún pasaje se llama Diana, como su mujer.

En *Memoria sobre la pampa y los gauchos* (1970) analiza el paisaje y el paisanaje, con algo de interés científico pero sobre todo con romanticismo y melancolía. Bioy fue parte de eso: pasó mucho tiempo en Rincón viejo, el campo familiar situado en Pardo, Las Flores.

Con Borges compartió una variedad de proyectos: traducciones, compilaciones, guiones y cuentos. Rescatamos *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942), relatos policiales firmados como **H. Bustos Domecq**. *El libro del cielo y el infierno* (1960), que versa sobre tan maravillosos y atávicos tópicos, es otra expresión de la capacidad de ambos por interesar en cosas útiles y darlas a conocer.

En 1947 escribieron el cuento «La fiesta del Monstruo», expresando, sin ambages, sus temores ante el advenimiento del peronismo. Se observan alusiones a «El matadero» de Esteban Echeverría; para ambos literatos, Perón encarnaría el mismo peligro que Rosas durante el siglo anterior.

Factible e injustamente, con los años el libro más influyente de Adolfo Bioy Casares será *Borges*; un gigantesco diario, de póstuma publicación, que nuestro autor dedicó a los encuentros con su íntimo amigo. La pertinencia de su contenido es improbable; se cuentan demasiadas intimidades, y en no pocas ocasiones dos artistas se exponen diciendo lo que

hasta alguien vulgar se arrepentiría de haber dicho.

En 2005 el diario *La Nación* editó 20 libros de Borges y Bioy Casares, diez de cada uno. Entonces, y aunque no haga demasiado tiempo, el periódico honraba su pasado, en el cual habitaban las grandes plumas de la lengua española como columnistas.

Ya se ha comentado: con su mujer, Silvina Ocampo, escribieron la novela *Los que aman, odian*. Murió en 1999.

*Rayuela* (1963), junto a *Cien años de soledad*, es una de las novelas más exitosas del llamado boom latinoamericano; sin nadar en las tornasoladas pero algo sombrías y elusivas aguas de la psicología podríamos hablar de ella como un monumento a la vida, a los intereses, gustos y obsesiones de **Julio Florencio Cortázar** (1914-1984); como una personificación del modo en que Argentina recibió a muchas vanguardias de las artes del siglo XX, pero también como una palpable demostración del aporte argentino al surgimiento y la expansión de tales vanguardias: antes que Cortázar se hicieron una infinidad de —serios— juegos literarios, pero, tras él, muchos de los que vinieron se debieron a su impronta. Por ser así de adelantado, el autor eligió exiliarse en Francia, cerca de la Bélgica que lo viera nacer; el exilio ha sido una práctica recurrente en los escritores latinoamericanos durante todo el siglo XX, elegir París, la cuna de la bohemia innovadora, es natural para alguien que hiciera decir, en esa ciudad, a uno de sus personajes principales lo siguiente:

«Sentados en un montón de basura fumábamos un rato, y la Maga me acariciaba el pelo o canturreaba melodías ni siquiera inventadas, melopeas absurdas cortadas por suspiros o recuerdos. Yo aprovechaba para pensar en cosas inútiles, método que había empezado a practicar años atrás en un hospital y que cada vez me parecía más fecundo y necesario. Con un enorme esfuerzo, reuniendo imágenes auxiliares, pensando en olores y caras, conseguía extraer de la nada un par de zapatos marrones que había usado en Olavarría en 1940».